



Inicialmente, se trata de la poesía como material para la historia de la cultura, pues el desconocimiento de la obra hizo que no tuviera influjo en la evolución del lenguaje poético en Colombia, aunque sí es muestra y señal inapreciables de la inclinación intelectual de entonces. Poeta, como se lo ha calificado, de vida prosaica, cultivó con especial tino y destreza, aun maestría, las formas métricas clásicas, las tradicionales de cuño anónimo y las innovaciones del Siglo de Oro español; de especial interés es decir que se trata de un poeta "conceptista"; en la hora y ambiente en que Hernando Domínguez Camargo habría de ser culterano y "gongorista", escribe, bajo la influencia directa de Quevedo y de sor Juana Inés de la Cruz, a quien compara con la monja medieval Roswita: elegías decámetras, silvas, sonetos, madrigales, romances. "De actitud senequista —apunta Jaime Tello— es el hermoso poema *Definición de la vida*, una silva que comienza así:

*O vida, O vida, muerte dilatada,
Libertad oprimida,
Mazmorra celebrada,
Perspectiva de sombras colorida,
Venenosa hechicera musaraña,
Torreón de telaraña,
Comedia en la horca, música de
cadahalso,
De tímida vicuña cerco falso,
Engaño de viril, cuyos colores
Del iris imitando los fulgores,
Quanto más falsos a la vista
admiran,
Tanto más en las manos se
retiran".*

Admira e impresiona a la vez la actualidad de Álvarez de Velasco en lenguaje y actitud, así como en la interpretación misma de la vida en una obra poética que alcanza la abstracción al transfigurar los motivos cotidianos en materiales de su fronda. Su visión es a la vez mística y picaresca, realista dentro del más profundo sentido religioso, que utiliza la imaginaria de época y los tópicos del ascetismo.

En cuanto hombre, su pasión por la realidad es muestra no del Siglo de Oro sino de nuestra capacidad de ser medievales después del Renacimiento. Fue un poeta viajero, administrador de bienes y meditador de verdades eternas, profundamente ligado a Colombia y a su paisaje humano y natural. "Hemos visitado la sufrida construcción de san Agustín, en busca de la capilla de Nuestra Señora de la Gracia. Recortada y casi disimulada, detrás del altar mayor, hacia el costado occidental del templo, aún se encuentra el lugar donde acaso reposan, junto a los de doña Teresa y don Gabriel, los huesos del viajero poeta don Francisco", consigna en su libreta de apuntes Ernesto Porras Collantes, quien celosamente y en forma íntegra nos rescata hoy tan singulares hombre y obra literaria.

JAIME GARCÍA MAFFLA

Otro tomo por Cobo

La narrativa colombiana después de García Márquez

Juan Gustavo Cobo Borda
Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1989.
343 págs.

Durante el decenio que terminó se publicaron más de trescientas novelas de autores nacionales, y ahora muchos novelistas han asumido profesionalmente su oficio. La variedad de temas y formas es tan acusada y la calidad de algunas novelas tan sobre-

saliente, que ya podemos afirmar, sin complejos, que nuestra narrativa participa, en condiciones de igualdad, en el diálogo universal de la cultura.

En cambio, nuestra crítica literaria no ha evolucionado en la misma forma. Desafortunadamente, muchas obras de creación se quedan sin estudios o reseñas, y los trabajos totalizantes son escasos. Sólo unos cuantos investigadores ofrecen visiones de conjunto sobre los últimos decenios: Seymour Menton (*La novela colombiana: planetas y satélites*, 1977), Raymon L. Williams (*La novela colombiana: la experiencia de los setenta*, 1980), Isaías Peña Gutiérrez (*La narrativa del frente nacional*, 1982), Diógenes Fajardo ("La narrativa colombiana de la última década", *Revista Iberoamericana*, núm. 141, 1987), Francisco Sánchez Jiménez ("Críticas y ficciones", *Gradiva*, núm. 2, 1987), César Valencia Solanilla, Ricardo Cano Gaviria y Helena Araújo (*Manual de literatura colombiana*, 1988), Eduardo Jaramillo, ("Alta Tra(d)ición de la narrativa colombiana de los 80", *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, núm. 15, 1988).

A esta lista no muy extensa podríamos sumarle ahora el nuevo título de Cobo Borda, que, aunque no está totalmente dedicado a la narrativa (ya que es una colección de artículos sobre varios temas), sí trae comentarios acerca de los nuevos hechos que se presentan en el género.

En primer lugar, el autor confirma lo que tan insistentemente se ha venido diciendo: uno de los rasgos más sobresalientes de la nueva narrativa colombiana es la influencia de *Cien años de soledad*: "Como Dios, como las trasnacionales, García Márquez está aquí y está en todas partes [...] es obvio entonces que su presencia, como rémora o como aliciente, se vislumbra detrás de muchos de los libros de ficción que se escriben en el país, y que su estilo resulte fácilmente detectable...".

Esta influencia aparecería no sólo en quienes escribirían novela con posterioridad a 1967 (Pedro Gómez Valderrama, Álvaro Mutis, Álvarez Gardazábal), sino también en las obras subsiguientes de escritores que ya ha-

bían publicado antes de la aparición de *Cien años de soledad*, como Caballero Calderón, Zapata Olivella, Rojas Herazo y Cepeda Samudio. Entre los que han logrado escapar de la sombra garciamarquiana, Cobo Borda señala principalmente a Ricardo Cano Gaviria (*Prytaneum*, 1981) y a Rafael Humberto Moreno Durán (*Juego de damas*, 1977, pág. 114).

Hay además comentarios sobre las obras de Juan Gossain (*La mala hierba*, 1981), "cuyos méritos son más los del documento que los de la ficción"; Umberto Valverde ("Celia Cruz aun aguarda su biógrafo"), Helena Araújo y Marvel Moreno ("Mujeres al ataque"). Y de Andrés Caicedo, Roberto Rubiano, Antonio Morales, Amílcar Osorio y Marta Traba.

El resto del libro es un conjunto variado sobre Colombia, Latinoamérica y Europa: hay noticias sobre muchos poetas colombianos contemporáneos y otros varios del pasado, al lado de Rilke y López Velarde; sobre El Dorado y la Conquista; el modernismo; Vargas Vila en la Argentina; Colombia en las décadas del treinta y del cuarenta; el nadaísmo; escritura y feminismo; la poesía hispanoamericana y colombiana; Emir Rodríguez Monegal... Y una entrevista del poeta peruano Miguel Ángel Zapata al mismo Cobo Borda.

Finalmente aparecen varios textos cortos de Borges. Al publicarlos, Cobo Borda continúa su labor de investigador sobre el argentino, cuyos antecedentes están en *El aleph borgiano* (Bogotá, Biblioteca Luis-Angel

Arango, 1987), "Borges Académico" (en *Correo de los Andes*, Bogotá, núm. 53, 1988) y en su libro *Visiones de América Latina* (Bogotá, Tercer Mundo, 1987). Entre los textos ahora publicados se destaca "El propósito de Zaratustra", sobre Nietzsche y el mito del eterno retorno, texto que fue publicado originalmente por La Nación en 1944.

La narrativa colombiana después de García Márquez es, pues, una colección de artículos, conferencias, prólogos de un lector sagaz por una bibliografía inmensa. Ante este mosaico, no es posible adoptar una estrategia única para dar cuenta del contenido global del libro, en el espacio de esta reseña. Tampoco es posible sintetizar un propósito unificador que dé cuenta de todo el material presentado. Esta forma de reunir textos tiene, además, escollos insalvables, y posibilita vacíos y repeticiones. (Por ejemplo, las páginas 210 y 290 traen la misma información de las páginas 105 y 106; la página 198 reproduce un texto casi idéntico al de la página 101).

En resumen, el libro de Cobo Borda compila textos que de otra manera no serían de fácil acceso. Es un aporte al diálogo crítico sobre los nuevos hechos de nuestra literatura, y en el campo de nuestra narrativa trae noticias sobre obras, escritores y tendencias; pero por la amplitud de temas esbozados y las estrategias analíticas utilizadas, no permite una lectura concluyente.

ALVARO PINEDA BOTERO

El derecho a soñar

Las batallas de Rosalino

Triunfo Arciniegas

Primer premio VII Concurso Enka de Literatura infantil, Medellín, Editorial Colina, 1989, 190 págs.

"Escribi para los niños un libro alborotado y feliz, escribi un homenaje a

mi padre, a sus cuarenta años como herrero". Palabras extractadas del texto leído por el autor, al recibir el premio Enka de literatura infantil, en marzo de 1989, por su novela *Las batallas de Rosalino*.

Triunfo Arciniegas nos enseña un libro donde se condensan la realidad y la imaginación, el humor y la fantasía, un libro para reír más que para leer. *Las batallas de Rosalino* plantea otro camino a nuestra literatura infantil, enmarcada en las mismas tramas superficiales que la precocidad de los niños de hoy no se tragan, en retomar una pseudopedagogía decadente, de moralejas que manejan los adultos y que ahogan la poca literatura que aún queda, en encasillar el argumento a unos animales con papeles preestablecidos, como lo hacía la literatura de otros tiempos, y como si en el fondo existiera un parentesco entre los niños y los animales.

La magia de una obra como *Las aventuras del barón Münchhausen* está en ver ante nuestros ojos aparecer y triunfar la imaginación, no importa si los métodos empleados son descaradamente inverosímiles o absurdos: salir de un pantano agarrándose por los cabellos y tirando con todas las fuerzas, pasear por el espacio montado en balas de cañón, bajar de la luna tendiendo una cuerda hasta la tierra. Sólo faltaría a este bizarro barón agregarle la ternura y la humanidad de nuestro ingenioso hidalgo don Quijote para completar la metáfora.

Estos dos modelos de libros, suma de historias, de maravillosos viajes, de campañas fantásticas, tienen ese algo que los libros de hoy no logran, y es el poder de encantamiento. Ese cierto grado de verosimilitud, de fidelidad, de autenticidad que el joven le pide a la fantasía. Único método para que las palabras seduzcan al muchacho, o al niño que cada hombre lleva sofocado dentro. La verosimilitud que pide el joven a la imaginación, fácilmente detecta si el texto se falsea: el barón o el hidalgo funcionan con autonomía propia, no se desmienten en la trama, la pluma de sus creadores no estropea su existencia poética, el artificio no desdibuja su presencia real en el escrito. Sólo en ese instante continuado a través del

